

DOI: <https://doi.org/10.56712/latam.v5i5.2796>

## Reflexión histórica sobre la expropiación de tiempo hasta la era moderna

A historical reflection on the expropriation of time up to the modern era

**Zulma Gabriela Luna Gaona**

zul.lu0na@gmail.com

<https://orcid.org/0000-0002-7833-9229>

Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Pachuca, Hidalgo – México

Artículo recibido: 30 de septiembre de 2024. Aceptado para publicación: 14 de octubre de 2024.

Conflictos de Interés: Ninguno que declarar.

### Resumen

La evolución del capitalismo, se debió en gran medida al control y disciplinamiento del tiempo y en consecuencia a la condena del ocio. Este artículo explora cómo a través de la historia se da la imposición de un tiempo a la orden del capitalismo y como durante la transición hacia la economía industrial se alteró la gestión del tiempo en las economías preindustriales, que solían basarse en ciclos naturales. A partir de esto, analiza cómo la ética capitalista se impuso lenta y violentamente, y el ritmo del trabajo se organizó separando el ocio de la producción, impactando particularmente a las mujeres, reduciendo las posibilidades de desarrollar el potencial humano por fuera de los intereses económicos. Además, plantea un análisis sobre la división entre trabajo reproductivo y productivo como una base de la expansión capitalista, profundizando las desigualdades. La reflexión histórica conduce el análisis a través de las estrategias planteadas por Taylor, pasando por Ford y finalmente por el toyotismo con la flexibilización del trabajo desde la óptica del contexto mexicano, el cual revela que, pese a la promesa de la flexibilización laboral, el tiempo sigue siendo una mercancía en un sistema que obstaculiza el equilibrio entre producción y reproducción, limitando el tiempo para el desarrollo humano.

*Palabras clave:* tiempo, trabajo, capitalismo, potencial humano, desarrollo, producción, reproducción

### Abstract

The evolution of capitalism was largely driven by the control and discipline of time, and consequently, the condemnation of leisure. This article explores how, throughout history, time was imposed under the demands of capitalism and how, during the transition to an industrial economy, the management of time in pre-industrial economies—which were typically based on natural cycles—was altered. It further analyzes how capitalist ethics were slowly and violently imposed, organizing the work rhythm by separating leisure from production, particularly impacting women and reducing the possibilities of developing human potential outside economic interests. Additionally, it offers an analysis of the division between reproductive and productive labor as a foundation of capitalist expansion, deepening inequalities. The historical reflection leads the analysis through the strategies proposed by Taylor, moving through Fordism and finally to Toyotism, with the flexibilization of labor from the perspective of the Mexican context, revealing that, despite the promise of labor flexibility, time continues to be commodified in a system that hinders the balance between production and reproduction, thus limiting the time for human development

*Keywords:* time, work, capitalism, human potential, development, production, reproduction

Todo el contenido de LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades, publicado en este sitio está disponibles bajo Licencia Creative Commons. 

Cómo citar: Luna Gaona , Z. G. (2024). Reflexión histórica sobre la expropiación de tiempo hasta la era moderna. *LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades* 5 (5), 2513 – 2532. <https://doi.org/10.56712/latam.v5i5.2796>

## INTRODUCCIÓN

Existe una sensación generalizada de que el tiempo se despliega con más intensidad sobre las actividades dedicadas a la producción y reproducción del valor; es decir, aquellas que nos permiten, bajo la realidad específica que vivimos, el mantenimiento de nuestra existencia. Pareciera que el tiempo se fragmenta entre uno dedicado al trabajo y otro para el "no-trabajo", y además se percibe que aquel (tiempo-trabajo) es cada vez más demandante.

Esta percepción no es una intuición aislada y, mucho menos, una distorsión perezosa de nuestra subjetividad moderna sobre las actividades que ocupan las horas del día a día; sino que expresa una realidad tangible de la imposibilidad de desarrollar nuestras potencialidades creativas, sociales, emocionales, psíquicas, etc., situación que se intensifica a través de las constantes crisis del capitalismo.

Ejemplo de ello es que en México las personas trabajan un promedio de 2,137 horas al año, tomando únicamente en cuenta el trabajo productivo ya que este indicador se crea con el promedio de personas empleadas durante el año de estudio. Esta cifra está muy por encima de las horas anuales que trabaja una persona en un país considerado con "altos índices de desarrollo económico" (OECD, 2019), por ejemplo, a partir de los mismos datos, en el mismo periodo de tiempo, podemos observar a Dinamarca, cuya población trabaja en promedio 1,380 horas al año. Estos datos no reflejan la eficiencia del trabajo realizado, sin embargo, no se puede descartar el hecho de que dicha cantidad de horas trabajadas no es proporcional en términos de productividad.

En las sociedades capitalistas el trabajo, no solo como formato económico sino como forma de relacionarnos, se hace manifiesto en cada aspecto de nuestra vida y en ese sentido se ha de entender que todos estamos inmersos en el proceso de pérdida del tiempo para el desarrollo del potencial humano. Esto quiere decir que el ideal, desde un punto de vista de un mundo emancipado, no es "alcanzar" a igualar la manera en que países como Dinamarca administran el tiempo, porque eso siempre implicará que otras economías, culturas y sociedades continúen con el mismo ritmo de trabajo para cumplir con la cuota de producción del valor necesaria para el capital, sobre todo ahora que el sector de la población que realmente produce valor a nivel global se ha reducido (Durand, 2017).

Por lo tanto, es esencial reconocer la importancia de la transformación de las dinámicas globales de producción que perpetúan la desigualdad y en consecuencia impiden el desarrollo del potencial humano. Ahora bien, si entendemos la racionalidad como la intención de llegar de un punto a otro en el menor número de pasos posibles; considerando todos los posibles obstáculos que se podrían presentar (Weber, 2015). Esas consideraciones, dirigidas a cumplir determinado fin, tienen un principio de eficiencia; lo cual toma en cuenta, no solo los movimientos de los individuos dentro de un espacio, sino que esos movimientos sucedan en una temporalidad que ha de comprimirse lo más posible (Coriat, 1998).

La acción racional con arreglo a fines, que ha estudiado Weber es el tipo de acción hegemónica que se da a través de la forma "trabajo". Es claro que esa acción tiene implicaciones sobre nuestro tiempo, y sobre qué priorizamos para "aprovechar" dicho tiempo, siendo que los objetivos o los fines civilizatorios están dados por la acumulación del capital. Siendo ese el caso, mi reflexión se basa en el rastreo histórico de la instalación de lógicas productivas que condujeron finalmente a que un sector específico de la sociedad estuviera más propenso a ver disminuido su tiempo para el desarrollo del potencial humano, en este contexto de racionalidad instrumental. En este sentido, vale la pena precisar que el concepto de potencial humano que se aborda en este artículo hace referencia a la posibilidad de desarrollar habilidades, relaciones y conocimientos que están por fuera de la lógica capitalista o utilidad económica, implicando un equilibrio entre las dimensiones, físicas, psicológicas, social y emocional. Este razonamiento lo desarrollo de manera más amplia y concreta en el proyecto de

investigación sociodemográfico “Población con Menor y Mayor Disponibilidad de un Tiempo con Probabilidad de Ser Exclusivo Para el Desarrollo Del Potencial Humano, el Caso de México 2019”.

El tiempo adquiere formas sociales específicas según sea la cosmogonía de las personas que lo transitan, tanto en lo individual como en lo colectivo; según la posición política, económica o geográfica de una sociedad; de sus motivos culturales y sus formas de socialización particulares. Cada sociedad constituye un espacio y un tiempo con múltiples particularidades y no es, por decirlo de alguna manera, “objetivo”; por más que nos parezca una realidad universal y, hasta cierto punto, transhistórica (Kurz, 2010). Muy al contrario, el tiempo es una manifestación clara de la época en que vivimos; y así la modernidad, como proyecto civilizatorio del capitalismo, ha conseguido configurar un tiempo que le es “adecuado” a los procesos de producción y reproducción del valor.

Así mismo, quisiera señalar que la crítica a la que conduce esta reflexión se enmarca en el entendimiento de un tiempo capitalista. Esto quiere decir que el tiempo, y las actividades que transcurren en él, se dan alrededor y por la lógica del trabajo. A lo que quiero llegar es al reconocimiento de que el capitalismo no es posible sino por la racionalización y control que se ha dado históricamente sobre el tiempo, por lo que se considera aprovecharlo como un recurso económico, pues al fin el valor, producido por el trabajo abstracto, es también una medida de tiempo.

Con esta premisa se puede reflexionar sobre la transformación que va sufriendo históricamente el tiempo como una dimensión que estructura la vida individual y social. Por lo tanto, quisiera explorar de qué manera el tiempo se reconstruye paralelamente al desarrollo del modo de producción capitalista, desde el “desencantamiento del mundo” (Weber), a la lógica de la fábrica, con una aún más marcada división del trabajo sexual, a la fragmentación del tiempo en un tiempo productivo, uno reproductivo y uno improductivo, hasta los tiempos del capital ficticio y del acelerado consumo de mercancías que vivimos. Busco distinguir cómo este proceso es fuente de un largo recorrido histórico de luchas y tensiones en defensa del derecho a la creación y recreación, y también de algo tan esencialmente humano como la pereza (Lafargue, 1977). En definitiva, esta revisión aborda desde diferentes momentos históricos, cómo la imposición capitalista sobre el tiempo ha influido y moldeado las posibilidades del desarrollo humano y su potencial.

## **DESARROLLO**

La evolución del capitalismo es un proceso largo, por lo que el disciplinamiento y fragmentación del tiempo tampoco se ha conseguido de la noche a la mañana. Sobre todo, no es un trayecto que se da de manera pacífica, sino que se instituye coercitivamente hasta llegar a una fase de interiorización que resulta aún más violenta (Federici, 2022), con mecanismos de poder más finos y sistemáticos (Foucault, 2009). Considero necesario conocer cómo se consumía la vida en un periodo en el que la manera de producir nuestros medios de existencia era más o menos autónoma y artesanal (sin idealizar las sociedades preindustriales); y como se vive hoy, pues esto sin duda determina en gran medida como experimentamos e imaginamos el tiempo.

### **El tiempo en la era preindustrial y la división sexual del trabajo**

Previo a la revolución industrial, y al establecimiento de un periodo plenamente capitalista, las personas se organizaban bajo una temporalidad que se guiaba principalmente por los ciclos de la naturaleza, de las cosechas o de eventos dictados por un calendario religioso (Conelly, 2022). Estos tiempos son sin duda más lentos, ya que el tiempo no estaba asociado al aprovechamiento “eficiente” de la producción de mercancías, sino sujeto a ciclos sociales que se vinculan estrechamente con los ritmos de la naturaleza.

Es importante reconocer que el proceso de aceleración del tiempo debe entenderse tanto en su dimensión material, es decir, del despojo que sufre el grueso de la población de los medios de producción, tanto en la constitución de un ethos específico que permite el proceso de asimilación de los mecanismos de acumulación. En este sentido la obra de Max Weber deja ver este último fenómeno a través de la conformación de un “espíritu del capitalismo”, en donde se establecen nuevos códigos de “virtud” basados en el ascetismo que, según Weber, aparece con la ética protestante.

Para este autor, hay entonces una cualidad fundamental que permite la transición de un modo de hacer (modo de producción), que resultará en un modo de sentir y pensar (el capitalismo como un sistema social, cultural y simbólico), que a su vez nos permite hablar de un tiempo particular. No me parece extraño entonces que, cuando Weber comienza el segundo capítulo de “La ética protestante y el espíritu del capitalismo” y señale las máximas de Benjamin Franklin, que según el autor dan cuenta de la plena interiorización del capitalismo como ethos, justamente la primera máxima muestre la dimensión del tiempo en su condición mercantil:

“Considera que el tiempo es dinero. Aquel a quien le está dado ganar diez chelines por día con su trabajo y se dedica a pasear la mitad del tiempo, o a estar ocioso en su morada, aunque destine tan solo seis peniques para sus esparcimientos, no debe calcular sólo esto, sino que, realmente, son cinco chelines más los que ha gastado, o mejor, ha derrochado” (Franklin en Weber, 2005, P.20).

En esta máxima se observa la metamorfosis del tiempo de algo que se transita a algo que se puede poseer y por lo tanto perder o “derrochar”. Antes de continuar, es fundamental identificar que la constitución de una forma capitalista de relacionarnos, con sus procesos de despojo, acumulación y su constitución de una ética particular, son fases que toda sociedad ha vivido y vive con la expansión de la “sociedad del trabajo” (Kurz, 2010); sin embargo, en cada sociedad y cultura se experimenta de manera diferente. Para homogeneizar el tiempo global es necesario también un proceso de disociación del tiempo, que sintetice el tiempo de trabajo y que lo coordine con otras actividades, así todas las personas que intervienen en el ciclo de producción y venta de un producto, como obreros y obreras, transportistas, atención al cliente etc. están sujetos a un mismo ritmo, es decir, descansan al mismo tiempo y trabajan al mismo tiempo. En el periodo premoderno no existe una división entre tiempo de trabajo y tiempo libre, sino que ocio y “hacer” se intercalan según sea necesario, al respecto señala Kurz:

El concepto antiguo y medieval de ocio no debe confundirse con el concepto moderno de ocio. Porque el ocio no era un resto de la vida separado del proceso de actividad con fines de lucro, sino que estaba presente, por así decirlo, en los poros y nichos de la actividad productiva misma. Mientras el espacio-tiempo capitalista abstracto aún no había dividido el tiempo de la vida, el ritmo de tensión y relajación, de producción y ocio, discurre dentro del espacio de un proceso vital global. Con una identidad de producción, vida personal y cultura, lo que formalmente nos puede parecer una jornada laboral de doce horas no significaba en absoluto 12 horas de actividad tensa bajo el control de un poder económico objetivado. Más bien, este período de producción estuvo permeado por momentos de ocio; por ejemplo, había pausas largas, especialmente pausas para almorzar de una hora con una comida agradable, una costumbre que duró más en los países del Mediterráneo y del sur que en los del norte, hasta que la industrialización capitalista dio paso al ritmo del flujo abstracto del tiempo (Kurz, 2001).

Ese tiempo dicotómico es insignia de las sociedades capitalistas, proceso de dicotomización que se encuentra con resistencias, y para nada es un proceso homogéneo y pacífico, por el contrario, adquiere rasgos particulares según la sociedad en la que se ha dado y resistencias también particulares. Por lo tanto, el tiempo para un alemán no es el mismo que para un mexicano, que para un japonés, y las licencias que una persona se da sobre ese tiempo, y por lo tanto sobre el trabajo, también son diferentes.

### **Caza de brujas para un nuevo orden: la disociación del valor como división sexual del tiempo**

Al continuar con el recorrido histórico hacia la conformación de este tiempo acelerado que, invariablemente, acortará el tiempo dedicado a la recreación y al ocio. Entonces, existe un paralelismo importante con la Reforma protestante del siglo XVI y con la persecución de la iglesia católica de los “herejes” a través de la inquisición, y después (y simultáneamente), con lo que sería conocido como la caza de brujas (Federici, 2004).

Hago esta asociación pues la caza de brujas es, como indica Silvia Federici, uno de los actos concretos y simbólicos más importantes de la imposición de la modernidad y de la disciplina del trabajo; y por tanto de la violencia con la que se ha de imponer una temporalidad distinta a la de los ciclos de la naturaleza. Fenómeno, a decir la caza de brujas, que se dará con la misma intencionalidad, en México y otras regiones de latinoamérica como colonias españolas (Federici, 2004, 270), y que da cuenta de la imposición, no sólo de una nueva fé religiosa, sino también, y por más que parezca contradictorio, llevará la semilla de un régimen cultural de modernidad.

Quiero señalar que la imposición de este nuevo ethos está situado en varios fenómenos que conviven y que necesariamente se corresponden. Así, siguiendo la tesis de Roswhita Scholz, la imposición de la forma del trabajo implica paralelamente una disociación del valor; es decir, para que exista el trabajo como relación social, debe existir un valor disociado en donde se concentren las cualidades y haceres que corresponden a la reproducción, las cuales se proyectan particularmente en las mujeres, lo que las vuelve símbolo de aquello que la modernidad habría de censurar, pero de lo que no ha de prescindir. Dicho proceso debe leerse de manera dialéctica con la constitución de la “sociedad del trabajo”, y por tanto con la transición de un tiempo no racionalizado bajo la lógica del valor a otro que sí lo está.

En este punto se debe considerar la persecución de las brujas como un rechazo a la magia, a la sensualidad y la sexualidad, y a los ritmos de la naturaleza, como algo contrario a la razón y al ascetismo que buscaba imponerse como la única forma en que alguien “virtuoso” podía actuar; esto a su vez implica ver la fiesta y el ocio como una “pérdida de tiempo”. Engendrar en la gente una ética del trabajo exige una contención del cuerpo y la mente en un espacio y tiempo único, es decir, al desaparecer la idea de la posibilidad de la magia, se pierde del imaginario la creencia de que existe la capacidad de disociar la materia y el alma, lo que puede traducirse en que el trabajo es el único medio para adquirir lo que necesitas y quieres en la vida. Al respecto Federici explica:

Por otra parte, la magia se apoyaba en una concepción cualitativa del espacio y del tiempo que impedía la normalización del proceso de trabajo ¿Cómo podían los nuevos empresarios imponer hábitos repetitivos a un proletariado anclado en la creencia de que hay días de suerte y días sin suerte, es decir, días en los que uno puede viajar y otros en los que uno no debe moverse de su casa, días buenos para casarse y otros en los que cualquier iniciativa debe ser prudentemente evitada? Una concepción del cosmos que atribuía poderes especiales al individuo —la mirada magnética, el poder de volverse invisible, de abandonar el cuerpo, de encadenar la voluntad de otros por medio de encantos mágicos— era igualmente incompatible con la disciplina del trabajo capitalista (Federici, 2004, pp. 196-197)

Ciertamente se lee que la magia va en contra de esta nueva moralidad que bien representaba La Reforma, en donde la salvación ha de lograrse individualmente a través del trabajo (Weber, 2015, p.52). Y justamente con esta ética del trabajo se viene abajo el goce del cuerpo, las fiestas, las bacanales y los aquelarres como actos heréticos que eran contrarias a la disciplina del trabajo, y así se sometía el tiempo de recreación a un movimiento clandestino e inmoral. Todos estos procesos fueron preparando a la que sería la mano de obra de la sociedad industrial del siglo XVIII.

Este camino no estuvo libre de obstáculos, por supuesto la población estaba orientada a los “quehaceres” (Federici, 2004), es decir, las personas se enfrentaban a la realización de actividades

según la necesidad se presentaba, y no a ritmos estrictos dictados por la hora que el reloj de bolsillo del patrón indicaba. En estas sociedades a medio camino de una y otra sociedad, durante el periodo entre el 1700 y 1800, las personas tenían hábitos productivos irregulares, y dedicaban su tiempo a múltiples oficios que les hacía su tiempo un poco más autónomo. Aquellos asalariados del contexto rural no sólo acudían al taller, sino que ordeñaban sus vacas, cuidaban su rebaño, hacían trabajos de carpintería, herrería o labranza. Por lo tanto, toda esta transición hacia un tiempo industrial tuvo que insistir en la regularidad de los patrones de comportamiento de la población, los cuales están profundamente imbricados con los tiempos de fiesta, con la magia, la superstición, etc. Esta asistencia regular al taller y a horarios homogéneos tarda por lo menos un siglo en asimilarse, aún dentro de la que fue llamada la era industrial.

Hay que mencionar que, desde una lectura histórica, política, sociológica, filosófica, etc., existe una insistencia por dar centralidad al trabajo y a quienes lo realizan, dejando en la tangente el análisis del “trabajo” reproductivo y por tanto a quienes lo realizan; y el caso del estudio del tiempo no es una excepción. Por esta razón hay que tener presente que esta población que es arrojada a la fábrica se identifica principalmente con los varones, aunque no exclusivamente; y es preciso recordar cómo afecta a las mujeres esta redefinición del tiempo. Claro, no quiere decir que las mujeres no se encontraran inmersas también en trabajos de tipo fabril, porque sin duda lo estaban y en condiciones más desfavorables, sino que hay recordar que, a finales del siglo XVII, encima, o más bien por debajo de ese arrojamiento de población a las fábricas, es necesario que la mujeres sufrieran de manera particularmente complicada ese abandono de la economía familiar que se daba en las granjas puesto que, en este mundo conforme al trabajo, a las mujeres no se les permitió trabajar “libremente” y se les impone el “trabajo” reproductivo como principal ocupación, aún sin ser éste valorado (Federici, 2004, pp.142-143).

No se asume que las relaciones fueran ideales en estos modelos previos de distribución de las tareas dentro de las granjas, pero sí es verdad que la mujer tenía actividades más diversas, como señala Federici los trabajos del medioevo iban desde carniceras, cirujanas, cerveceras, parteras, etc.

En un mundo en donde el obrero hubiera tenido que procurarse mantener las condiciones de su propia reproducción el tiempo no habría sido suficiente para sostener la acumulación que necesita el desarrollo capitalista. En este periodo, el “trabajo” reproductivo se establece como típicamente femenino, lo que no evitó que las mujeres realizarán trabajo productivo de manera más o menos periférica, lo que claramente influye profundamente en el tiempo que las mujeres pueden dedicar o no a otras actividades de recreación y ocio, y que se refleja de alguna manera hasta la actualidad.

Un ejemplo de esta diferencia entre los tiempos y actividades femeninas y masculinas lo recuerda E. P. Thompson sobre la costumbre de San Lunes, esta festividad que claramente se contraponía a los dictámenes de la disciplina del trabajo que se trataba de imponer a los obreros y las obreras inglesas (San Lunes tiene también diferentes expresiones en latinoamérica). Y no solo diferencia respecto a los tiempos y las actividades, sino en la actitud frente a estos descansos. Los “nuevos” obreros, aún escépticos al tiempo administrado del capital, se iban a celebrar cada lunes haciendo una extensión a su fin de semana y retrasando la producción por uno o dos días, lo cual era en alguna medida un acto de resistencia. Sin embargo, no ha de ser tan beneficiosa para las mujeres quienes, en ausencia de los hombres que habían celebrado dicha fiesta y que podían tener una breve victoria sobre el tiempo, se veían llamadas el día lunes a realizar en el taller las preparaciones necesarias para el trabajo que se realizaría el martes, o el miércoles tomando en cuenta que en ocasiones el martes era tomado como recuperación del dicho San Lunes. Este trabajo, al que también eran sometidos los niños y las niñas, consistía sobre todo en el mantenimiento y preparación de los medios de producción, las máquinas, y además era peor pagado (Thompson, 2019: 422).

Como se puede observar la lucha por el tiempo se expresa de manera diferente según el sexo; incluso podríamos señalar que, debido a la caza de brujas y el sometimiento material y simbólico que éste representó, las mujeres fueron disciplinadas a la lógica del trabajo antes que los hombres. De hecho, con un alto grado de injusticia, pues los haceres domésticos se extienden mucho más en el tiempo, los hijos y las hijas no se dejan de cuidar al sonar la campana del fin de la jornada laboral, y en ese tiempo difícilmente una mujer soltera podía procurarse su propia existencia, ya sea porque no se le permitía trabajar o porque su sueldo era insuficiente.

Lo que quiero decir es que esta transición, de una economía basada en la granja familiar a una en el trabajo del taller, tiene invariablemente repercusiones en el hacer reproductivo; es decir, en la granja era más o menos uno solo el tiempo dedicado a la producción y a la reproducción de la vida, mientras que en el nuevo orden del trabajo se da una clasificación más estricta entre las actividades productivas y las reproductivas, se clasifican aquellas típicas de las mujeres y aquellas típicas de los hombres, siendo las de éstos las que han de ser valoradas por ser las que generan el plusvalor que ha de ser expropiado (proceso de que tampoco están exentas las mujeres). Hay que tener presente estos dos momentos para hablar de cómo se da la vida en las grandes nuevas ciudades y como el tiempo se fragmenta de manera distinta para cada actor social.

### **Vigilancia del trabajo**

También hay que identificar cómo se da en este periodo protoindustrial el disciplinamiento del tiempo particularmente para el caso de los hombres, siendo que para las mujeres se manifiesta en forma de la caza de brujas. En el caso de los hombres el perseguido no fue el brujo, sino el mendigo o vagabundo, lo que se puede interpretar como la persecución de la pereza. Con este nuevo discurso liberal y protestante se viene propagando la idea de que el peor mal es la ociosidad y que, por el contrario, el virtuoso es siempre el más laborioso. De nuevo no consideremos que las mujeres no pasan por este proceso, solo que lo pasan de manera distinta, o en menor medida bajo la lógica del vagabundo, quizá para ellas el camino del desarrollo capitalista las arroja más hacia la prostitución, que es una de las formas de trabajo en las que el cuerpo adquiere más brutalmente la forma de mercancía.

La lucha que se enfrentó contra la “holgazanería” no fue solamente una imposición externa, sino un esfuerzo de interiorizar los valores del aprovechamiento del tiempo. La manera de cubrir el tiempo de trabajo necesario para dar impulso al naciente capitalismo y además acelerar el proceso de interiorización del valor del trabajo en la población era, no solo vigilar la pereza sino castigarla, y no con cualquier tipo de castigo, sino con aquellos que ensalzan la virtud del trabajo. Es decir, la intención era tanto disciplinar al trabajo como aprovechar toda la mano de obra disponible, y estando cautiva cuanto mayor plusvalor se podía obtener. Foucault hace una revisión de este proceso que deja bastante claro la necesidad de imponer por la fuerza un nuevo modelo de vida, no solo económico sino moral. Foucault da el ejemplo de algunas penitenciarías francesas maquinadas a mediados del siglo XVIII que dan muestra de esta criminalización del ocio como el peor de los vicios:

Se aduce la razón de que la ociosidad es la causa general de la mayoría de los delitos (...) De ahí, la idea de una casa que garantizase en cierto modo la pedagogía universal del trabajo para aquellos que se muestran refractarios al mismo. Esta pedagogía tan útil re-constituirá en el individuo perezoso la afición al trabajo, lo obli-gará a colocarse en un sistema de intereses en el que el trabajo será más ventajoso que la pereza, y formará en torno suyo una pequeña sociedad reducida, simplificada y coercitiva en la que aparecerá claramente la máxima: quien quiera vivir debe traba- jar. Obligación del trabajo, pero también retribución que per-mita al preso mejorar su suerte durante el periodo de detención y después de él. "El hombre que no encuentra su subsistencia tiene absolutamente que ceder al deseo de procurársela por el trabajo; se le ofrece por el buen orden y la disciplina; se le fuerza en cierto modo a plegarse a ellos; el señuelo de la ganancia le anima después; corregidas sus costumbres,



habitado a trabajar, alimentado sin inquietud, con algunas ganancias que guarda para su salida", ha aprendido un oficio "que le garantiza una subsistencia sin peligro" (Foucault, 2009, P. 113-114)

Como se puede observar el castigo por la "pérdida del tiempo", que en otras palabras es cualquier actividad que no genera, reproduce o permite la circulación del plusvalor, debía estar acorde con esa misma falta. La reclusión es una de las formas más dramáticas en que la disciplina del trabajo, y por tanto del tiempo, se impone sobre una población que recién está aprendiendo a sacrificar sus espacios de goce y de relaciones por la lógica del tiempo del valor; es un castigo carnal con el propósito de la asimilación subjetiva de un nuevo orden social. Así se entiende en el siguiente párrafo que recupera Foucault del Código de instrucción criminal de 1808 del sistema penal francés:

Tratemos de cerrar todas esas fuentes de corrupción; que las reglas de una moral sana se practiquen en las casas de reclusión; que obligados los reclusos a un trabajo que acabarán por amar, cuando recojan su fruto, contraigan en aquéllas el hábito, el gusto y la necesidad de la ocupación; que se den respectivamente el ejemplo de una vida laboriosa, que pronto llegará a ser una vida pura; pronto comerán a lamentar el pasado, primer precursor del amor a los deberes.(p.236)

De esta cita se interpreta que la persecución a la pereza tiene su justificación en la purificación de lo que había sido corrompido por la ociosidad, lo que significa que el trabajo como castigo sirve como expiación, una justificación próxima a la religión que ahora estaba siendo impuesta desde un programa estatal. Hay que decir que estas medidas ya se pueden observar siglos antes de la instauración de las instituciones que estudia Foucault en el pasaje anterior, y antes de que se sistematice en forma de "casas de reclusión" (Foucault, 214), ya existían cuotas, sanciones y demás formas de reparar el crimen de la holgazanería.

Estos elementos son sin duda mecanismos que se desenvuelven en dos dimensiones, no sólo en el castigo físico sino en la construcción de un habitus que dialécticamente permite una aceptación cada vez más "ligera" de los tiempos del capital, ligeros hasta el punto de materializarse en un elemento tan sutil como el reloj de pulsera.

### **La industria y el tiempo de la ciudad**

Como se puede observar ese periodo de persecución y disciplinamiento del tiempo para el trabajo lleva varios siglos, desde el XVIII hasta bien entrado el XIX, en los cuales se pierde una gran cantidad de saberes que tenían que ver también con un transcurso del día más autónomo. Mi principal interés es conocer las diferencias en la administración del tiempo, para lo cual habrá sin duda múltiples ejemplos en la era preindustrial; sin embargo, tras señalar La Reforma protestante y la caza de brujas, es necesario hablar de cómo cambia el tiempo al pasar de un trabajo artesanal, organizado en gremios, a el modelo de fábrica típico de las ciudades que surgen con la Revolución Industrial.

Lo primero que hay que entender para encontrar el vínculo entre la forma de organización de los medios de vida y su aprovechamiento, es asumir que el valor que damos a un producto se mide a partir del tiempo socialmente necesario que se invierte en producirlo (Marx, 2008). He ahí una de las consideraciones fundamentales para transitar de una sociedad precapitalista, a una capitalista.

Si pensamos en la Revolución Industrial, la lógica más simple diría que con el desarrollo tecnológico se vendrían a disminuir las horas de trabajo; sin embargo ese tiempo "ganado" se ocupa ahora con más trabajo. Ciertamente este desarrollo tecnológico no se motivó con el fin de mejorar la calidad de vida de las personas, sino de aumentar la productividad y acelerar los tiempos de producción, lo que implica necesariamente un cambio espacial y temporal que mejoren la circulación de mercancías.

Bien señala Hobsbawm que la Revolución Industrial no se trató precisamente de un adelanto intelectual o político (dicho carácter ideológico necesario para el desarrollo del capitalismo se llevaría a cabo

sobre todo con la Revolución Francesa), ni siquiera se trataría de grandes adelantos tecnológicos, sino de mecanismos para la prontitud que quería darse a la producción, los cuales no eran realmente complejos. La gran transformación se da en la forma en que se organiza el trabajo y los objetivos civilizatorios que se plantean como “modernos”, es decir, un mayor usufructo de la fuerza de trabajo, lo que favoreció el surgimiento de ciudades como forma típica de la modernidad.

(...) eran necesarios pocos refinamientos intelectuales para hacer la Revolución industrial. Sus inventos técnicos fueron sumamente modestos, y en ningún sentido superaron a los experimentos de los artesanos inteligentes en sus tareas, o las capacidades constructivas de los carpinteros, constructores de molinos y cerrajeros: la lanzadera volante, la máquina para hilar, el huso mecánico. Hasta su máquina más científica —la giratoria de vapor de James Watt (1784)— no requirió más conocimientos físicos de los asequibles en la mayor parte del siglo —la verdadera teoría de las máquinas de vapor sólo se desarrollaría ex post facto por el francés Camot en 1820— y serían necesarias varias generaciones para su utilización práctica, sobre todo en las minas (Hobsbawm, 1987, p.36).

Lo que se sugiere, de acuerdo con la cita anterior, es que el desarrollo tecnológico y los nuevos formatos en la organización del trabajo son resultado y no causa del desarrollo capitalista, es decir, para que el avance técnico fuera dado de esa manera era necesario la previa existencia de un ethos capitalista (Weber, 2015), orígenes de ese proceso que ya se han señalado en el apartado anterior. Esto mismo sucede con el tiempo y el espacio, es decir, necesariamente se da una dialéctica entre el desarrollo del proceso de acumulación y el cambio espacio-temporal, sin embargo, para finales del siglo XVIII parece existir cierta prevalencia de la hegemonía del valor sobre la materialización de un mundo moderno. Y es por esta razón que la tecnología no está en razón del bienestar humano, social y/o ambiental. Es más, aquellos sectores de la producción en donde la técnica se “mejoró” primero, fue también donde primero se sometió a las y los obreros a peores condiciones laborales, y por lo tanto a una mayor pérdida del tiempo de vida.

El surgimiento y desarrollo de las ciudades va a permitir que se materialice a gran escala ese distintivo tiempo del taller y la fábrica. Las ciudades modernas surgen como una intención de administrar un espacio en función de que los tiempos de rotación de las etapas de la acumulación capitalista se contraigan, por lo que no es extraño que dicha organización se dé en el marco de la Revolución Industrial. Es importante reconocer que dicho cambio en el espacio no se produce sobre un lienzo en blanco, sino a través de lo que los liberales consideraban los vestigios del pasado.

Recapitulando, para 1789, año de la Revolución Francesa, tenemos una gran masa de población que es en su mayoría rural, siendo Londres con aproximadamente un millón de habitantes, la ciudad más grande del mundo (Hobsbawm). Para el siglo XVIII continuaba esta adaptación a los nuevos ritmos de vida, y muchas de las fábricas comenzaron en provincias que no entraban ni en la categoría de campo ni de ciudad, como es el caso de las fábricas textiles de Lancashire que tienen gran protagonismo en el desarrollo industrial.

Siendo ese el contexto, los pobladores y los nuevos y nuevas obreras no se habían hecho por completo al modo del espíritu capitalista, y sus tiempos tienen, como se ha dicho en la primera parte de este capítulo, un sincretismo con la religiosidad, la vida en común y muchas otras tradiciones; algo que hasta nuestros días es más o menos evidente y vigente según la región que se considere, tomando en cuenta que la historia del capital es diferente para cada cultura.

En fin, partiendo de la historia europea, este es el periodo y el espacio donde se da plenamente un enfrentamiento, cara a cara, entre la economía de mercado y las formas tradicionales a través de las cuales las personas se relacionan e intercambian. Al desintegrarse el trabajo típico de las granjas familiares se rompen en consecuencia ritmos en el tiempo, y se instauran otros nuevos, los cuales están a merced de obtener la mayor cantidad de plusvalor posible y esto, como ya se ha revisado en

los subtítulos anteriores, no sería aceptado pacíficamente, incluso había artesanos y campesinos que preferían antes volverse vagabundos (Federici, 2022).

Entonces, para principios del siglo XVIII tenemos una población desposeída de sus medios de vida, con un sistema de ideas que aún se funda en gran medida en la magia y ciertamente en la religión, y que aún se está reorganizando con la actualizada división sexual del trabajo, con todo y que la mano de obra de las mujeres fuera imprescindible en la esfera de la producción (como lo ha sido siempre). El proceso largo de disciplinamiento poco a poco va naturalizando en el tiempo del capital y este es el siglo de más clara transición, el tiempo que se observa en las fábricas se filtra a la vida cotidiana, tanto por la necesidad de acelerar el ciclo completo del capital, como por qué cultural, social y éticamente la eficiencia en el proceder ha adquirido la legitimidad para ser una cualidad muy apreciada entre los “hombres sensatos”.

Si me ubico a fines del siglo XVIII se puede observar en plenitud el crecimiento de ciudades que se desenvuelven bajo la reproducción de un tiempo efímero y veloz, es decir, en el que el tiempo de la disciplina del trabajo se ha materializado al grado de configurar un ambiente específico para el capital (Frisby, 1992), capaz de organizar los movimientos de millones de personas a un tiempo más o menos homogéneo. Lo que he tratado de describir, de manera muy compacta, es que la asimilación de un tiempo social distinto, en donde “el reloj de pulsera caracteriza, como ningún otro accesorio, la ética de sus habitantes” (Simmel, 1903), se extiende a través de varios siglos, es decir, la metamorfosis del tiempo y la aceptación de ese tiempo no sucede de un día para el otro, y para entender cómo se da esa expropiación, justamente como eso, una expropiación, es importante referir a procesos históricos que parecen lejanos a nuestra realidad, pero que dan cuenta de un modelo civilizatorio que ha tenido la intención de contenerlo todo, y en ese sentido interpela nuestra realidad actual.

Para este momento la imagen de la ciudad es importante para marcar una ruptura entre los tiempos veloces y los tiempos “lentos” del campo. Para el momento en el que Baudelaire afirma la existencia de la modernidad el tiempo se concibe uniforme y rectilíneo, al individuo no se le impone con tanto esmero y violencia cierto ritmo de vida, sino que se ha empezado asimilar ya con cierta naturalidad. La asimilación a un tiempo distinto siempre sucede de forma violenta, pero la agitación se vuelve menos perceptible conforme se da ese proceso. Cuando Simmel observa el tiempo de la ciudad destaca la atrofia de los nervios de los individuos metropolitanos, más allá del cansancio físico se encuentra una fatiga mental a la gran cantidad de estímulos a los que se enfrenta el ciudadano día a día, y esto tiene que ver en cierta medida con la aceleración del ritmo de vida.

Dice Simmel (1903) del tiempo en la ciudad: “la técnica de la vida metropolitana es sencillamente inimaginable sin una integración puntualísima de toda la actividad y relación mutua al interior de un horario estable e impersonal” (p. 3), claro que el autor habla de otro momento histórico, y habla de Berlín, me parece que esta visión del tiempo no se aplica del todo al contexto mexicano, donde el tiempo es más flexible por rasgos culturales particulares. Sin embargo, sí se da esta sincronización de la que habla Simmel, los ritmos se vuelven compartidos en la ciudad y aunque existan particularidades culturales, sociales, geográficas, etc. Para el día de hoy existe un acuerdo que se hace obvio sobre todo en las ciudades en donde el tiempo se hace más interdependiente, a pesar de las tensiones y divergencias típicas de las urbes.

Me parece que David Harvey (2004) da una elocuente explicación respecto al espacio urbano y la expansión del capital, lo que me permite señalar la configuración específica del tiempo que se da en las ciudades hasta la actualidad. Harvey dice que el proceso del capital requiere de una “integración espacial”, lo cual permite el flujo del valor en cualquiera de sus formas, y más eficiente es dicho flujo cuanto mayor integración se da. Ahora bien, cuando esa integración espacial es deficiente se producen una serie de retrasos colaterales que alteran todo el proceso de valorización.

Es claro que la integración de la que habla Harvey no se da jamás de manera perfecta en la realidad, ya que la cantidad de condiciones o de "situaciones" que tendrían que controlarse no se pueden siquiera conmensurar, y esto, entre muchos otros elementos de la propia naturaleza contradictoria del capitalismo, promueven el ya reconocido funcionamiento desigual de la acumulación de la riqueza. A pesar de eso, y de la necesidad humana para mantener el deforme sistema, se siguen intentando disminuir las barreras geopolíticas al intercambio de mercancías, lo que genera puntos de integración que ya no alcanzan a contener la gran cantidad de fuerza de trabajo ahí requerida, y siendo la fuerza de trabajo la mercancía más importante tampoco puede ese espacio integrado prescindir de ese recurso.

Eso son las ciudades, espacios que buscan reducirse conteniendo todo, haciéndose aliados de las telecomunicaciones y el transporte, disminuyendo la rotación del capital, aunque esto no implique mejor calidad de vida para sus habitantes, sobre todo en términos de tiempo. Lo crucial es, como se señala en el párrafo anterior, que si la fuerza de trabajo no tiene movilidad, la integración espacial no existe y todo eso resulta en un tiempo perdido en términos del capital, así lo señala Harvey, "La distancia espacial" se reduce entonces a tiempo porque lo importante no es la distancia en espacio al mercado, sino la velocidad con que se puede llegar a él, y tal como se da un efecto dominó se alteran todos los momentos de producción, dentro del cual debe incluirse la movilidad de insumos, intercambio y consumo de mercancías, a esto llama Harvey "inercia geográfica y temporal dentro de la economía espacial de la producción capitalista", siendo que a mayor expansión de esa inercia peores son los efectos de devaluación del capital.

Por todo lo anterior hay que entender que la sincronía y la pretendida homogeneidad espacio-temporal no puede ser nunca igual a la armonía de un sistema que imitaría a una maquinaria. Los tiempos en la ciudad se vuelven más caóticos y la aspiración moderna a la eficiencia simplemente no puede acoplarse a la vida misma. Aun cuando el estímulo creativo en las grandes ciudades podría ser provechoso, por la diversidad de mundos que se llegan a encontrar en un espacio urbano, la infraestructura no está actuando a la par de la concentración de la población, por la desigualdad, los intereses económicos, políticos y sociales dados en los territorios, pero principalmente porque el "valor de uso" no es el que motiva la acción de la especie humana, y así ha sido desde los principios del capitalismo como se describe en la siguiente cita de El Capital:

En sus Principios de Economía Política, dice John Stuart Mill: "Cabría preguntarse si todos los inventos mecánicos aplicados hasta el presente han facilitado en algo los esfuerzos cotidianos de algún hombre." Pero la maquinaria empleada por el capitalismo no persigue ni mucho menos, semejante objetivo. Su finalidad, como la de todo otro desarrollo de la fuerza productiva del trabajo, es simplemente rascar las mercancías y acortar la parte de la jornada en que el obrero necesita trabajar para sí, y, de ese modo, alargar la parte de la jornada que entrega gratis al capitalista. Es, sencillamente, un medio para la producción de plusvalía (Marx, 2008, P.231)

Y las ciudades son muestra de eso mismo, una masa de intereses privados que desbordan recursos que alguna vez pudieron ser utilizados como un medio concreto de transformar o facilitar la vida de una persona.

Ahora bien, estos sujetos y sujetas que se encuentran explorando las nacientes grandes ciudades de finales del siglo XVIII, han sincronizado sus relojes a un horario global, claramente "lo global" no podía ser otra cosa que el meridiano de Greenwich, todo con el fin de homogeneizar sus rutinas, una búsqueda de sincronización que proviene, como ya se ha dicho, de la propia necesidad de intercambio de mercancías, de establecer coherencia entre comunicaciones y transportes, aunque esto signifique que los horarios en diferentes latitudes no estuviera acorde a los ritmos solares locales. Esta transformación del espacio-tiempo en razón de agilizar el movimiento tiene su microcosmo dentro del propio taller, todos esos cambios se dan de manera paralela a una forma de ser y hacer que se

manifiesta con mayor énfasis con las propuestas, primero de Taylor, y luego de Ford en Estados Unidos, con una mano de obra migrante ya disciplinada a los nuevos ritmos de la vida moderna.

### Taylor y Ford

Con el crecimiento de las ciudades debido al cambio en la organización del trabajo surge también un crecimiento demográfico que exige un proceso migratorio que se da de Europa a Estados Unidos, lo que da paso a uno de los modelos que materializó la intención de esta etapa temprana del capitalismo de agilizar el proceso de producción de mercancías a través de la disciplina de un trabajo ya más acoplado al proyecto moderno, en donde el trabajo artesano se hace exclusivo de un consumo de lujo.

Los planteamientos de Frederick Taylor, fueron fundamentales para que Ford estableciera una organización del trabajo de tal manera que sometiera el ritmo del cuerpo humano al de la máquina.

Taylor, advierte algo que ya Marx había señalado: el despojo de la autonomía de los ritmos de trabajo. En el tomo uno de *El Capital*, en el capítulo VIII “La Jornada de trabajo” en el apartado 6 sobre “Lucha por la jornada normal de trabajo. Restricción legal del tiempo de trabajo. La legislación fabril inglesa de 1833 a 1864”, Marx escribe sobre el sistema de relevos en las fábricas textiles de Lancashire de 1848 donde describe el resultado de una serie de estrategias patronales para controlar el tiempo de las y los obreros, condicionando sus horas de ocio, sus horas de alimentación y descanso en favor de no dejar por largos periodos muertos a sus “costosísimas” maquinarias. Lo que viene a hacer Taylor es formalizar aún más ese proceso de explotación, ya no a través de una legislación que posteriormente será manipulada, sino bajo el legitimismo nombre de la ciencia. Taylor escribe en “Los Principios de la Administración Científica” en 1911:

El trabajo así preparado con anticipación constituye una tarea que el obrero no cumple por sí solo, pues en la mayoría de los casos representa el esfuerzo común de éste y de la administración. En esta forma, no sólo se especifica lo que ha de hacerse, sino también cómo debe hacerse y el tiempo exacto concedido para realizarlo. Y siempre que el obrero logra efectuar su tarea correctamente y dentro del tiempo límite especificado, recibe un aumento del 30 al 100 por ciento de su salario ordinario. El trabajo de cada obrero es cuidadosamente proyectado, de manera tal que su ejecución exija una tarea consciente y prolija, pero ejecutada a una velocidad tal que en ningún caso le exija un ritmo de trabajo que sea perjudicial para su salud. La tarea es siempre regulada de modo que el obrero que la desempeña sea capaz de trabajar durante años bajo este sistema sin temor de cansancio (p. 31).

Con Taylor se pretende una completa desconexión entre el trabajo intelectual y manual de las y los obreros, jerarquizando aún más la supervisión y elaboración del plan de acción de aquellos que van a realizar el trabajo práctico. Hay en el manual de Taylor una insistencia por infantilizar a las personas cuya experiencia les volvía dueños de sus propios tiempos de trabajo, acusando a los y las dueñas de esos saberes de ser tramposxs al “simular trabajo”, lo que podría traducirse como un robo directo contra los patronos; y todo muy bien disimulado bajo un discurso de “distribución de las responsabilidades de producción”. Taylor escribe: “bajo la administración de iniciativa e incentivo (o el antiguo régimen administrativo, como lo indica el autor) todo el problema queda confiado completamente al obrero, mientras que bajo la administración científica la mitad del problema pertenece completamente a la administración”. El manual de Taylor representa la justificación “racional” de que debía disciplinarse aún más el trabajo, que bajo un modelo de producción basado en el oficio el tiempo se mantiene en manos de quienes trabajaban y por eso mismo lo que tenía que lograrse era justamente arrebatar el control sobre dicho tiempo para permitir acelerar el proceso de producción y aumentar el plusvalor obtenido.

Al elaborar una mercancía de manera artesanal el o la artesana están en condición de detener el gasto de su energía cuando lo consideren prudente, el trabajo intelectual en ese proceso es más complejo y

está estrechamente unido a la materialización del producto y al ejercicio físico ahí implementado. Por el contrario, en el trabajo fabril se pierde el rol de creador o creadora, los movimientos del cuerpo ya no se transitan con libertad sino bajo el ritmo de una máquina o una cadena de ensamblaje, lo que resulta en un prematuro desgaste de la fuerza de trabajo, no solo física, sino psíquica y emocional de los y las trabajadoras.

Este es el vuelco de paradigma que promueve Taylor y del que Ford sacaría provecho posteriormente, el tiempo ya no es de la clase obrera, el tiempo ahora pertenece al empleador a través de un sofisticado diseño y cálculo de los movimientos y disciplina dentro del proceso productivo. Claro que Taylor solo daría la sistematización de una ideología anti-obrera que ya se gestaba desde antes y que se desarrolla sobre todo en la segunda oleada migratoria que se da hacia Estados Unidos con una gran masa de mano de obra menos especializada y menos organizada. Así lo describe Benjamin Coriat en *El Taller y el Cronómetro*:

En este «hueco», este desfase producido por la diferencia entre la composición técnica de la clase obrera y su composición política (sus instrumentos y medios de defensa y lucha) es donde se puede captar la significación del taylorismo como estrategia de dominación sobre el trabajo. Descomponiendo el saber obrero, «desmenuzándolo» en gestos elementales —por medio del «. time and motion study»—, haciéndose su dueño y poseedor, el capital efectúa una «transferencia de poder» en todas las cuestiones concernientes al desarrollo y la marcha de la fabricación. De esta forma, Taylor hace posible la entrada masiva de los trabajadores no especializados en la producción. Con ello, el sindicalismo es derrotado en dos frentes. Pues quien progresivamente es expulsado de la fábrica, no es sólo el obrero de oficio, sino también el obrero sindicado y organizado. La entrada del «unskilled» en el taller no es sólo la entrada de un trabajador «objetivamente» menos caro, sino también la entrada de un trabajador no organizado, privado de capacidad para defender el valor de su fuerza de trabajo. Un mismo movimiento — la instauración del trabajo parcelado—apunta a dos blancos a la vez, acabar con la capacidad de resistencia del obrero de oficio y poner en marcha un proceso de trabajo que permita la entrada en el salariado de los trabajadores no especializados y no organizados. De ahí que la lucha en el taller —para introducir en él el cronómetro y su ley— sea inseparable de una lucha más amplia, librada en el terreno social por la «libertad» de reclutar la fuerza de trabajo fuera de los sindicatos (Coriat, 1998, P.30).

Digamos que una vez se prepara el terreno bajo los principios del taylorismo, con los efectos sociales que señala Coriat en la cita anterior, a decir una mayor desintegración de la fuerza obrera, es cuando la implementación de la cadena de ensamblaje de Ford subordina definitivamente a la maquinaria, el movimiento y el reposo de quien trabaja. En este sentido me parece bueno señalar el principio a través del cual Marx describe la máquina para entender la manera en que el ser humano es sustituido en su rol respecto a la creación de una mercancía, y las implicaciones de eso en cuanto al proceso de fetichización de él o la obrera y de su tiempo.

La máquina que arranca la revolución industrial sustituye al obrero que maneja una sola herramienta por un mecanismo que opera con una masa de herramientas iguales o parecidas a la vez y movida por una sola fuerza motriz, cualquiera que sea la forma de ésta. En esto consiste la máquina, con la que nos encontramos aquí como elemento simple de la producción maquinizada (Marx, 2008, P. 232).

Lo que señala Marx en este pasaje es como el ser humano pasa de ser el sujeto creador, en cuyo momento realiza una toma de decisiones que lo posibilitan para un desarrollo físico e intelectual frente a la realización de un producto único, a ser únicamente la “fuerza motriz” con mínimo ejercicio de su conciencia. Ford lleva esto a sus últimas consecuencias, la fábrica en esencia se vuelve una máquina, y siendo que los obreros y obreras no pueden ser el motor principal de una maquinaria tan grande, el rol se traslada y se fetichiza una vez más, siendo ahora éstos y éstas una batería para dicha máquina. Aún más, si con Taylor se requería cierta especialización y capacitación de los y las

trabajadoras, con Ford eso ya no es necesario, pues éste expande la función de la máquina, pero no la complejiza, sino por el contrario la simplifica, procurando que prácticamente cualquier persona pueda operar esa maquinaria.

La cadena de montaje implementada por Ford es la expresión característica de la era absoluta del control de los tiempos de producción. Esta parte del marco histórico ha tenido la intención de establecer la importancia que tienen los siglos del desarrollo del capital para poder llegar a esta forma de control que ha establecido una pérdida de autonomía de los tiempos más mínimos en el proceso de producción:

«Velocidad sorprendente», «velocidad de gestos asombrosa»; ni siquiera el prodigioso escritor que es Navel se libra de esta palabra para describir el trabajo del nuevo taller: la «velocidad» se repite en cada frase. Y finalmente, ahí reside la terrible eficacia del fordismo, pues, al inaugurar el despotismo tranquilo y absoluto de los tiempos y los movimientos, va aún más lejos que el taylorismo y, desde el punto de vista económico, contribuye de manera propia y específica a acelerar las mutaciones en curso (Coriat, 1998, P.43).

Esta implementación genera un proceso en cadena y a gran escala pues, al acelerar los procedimientos en la esfera de la producción, se aceleran todos los demás estadios del proceso de acumulación capitalista, lo que inevitablemente provoca una aceleración en los propios ritmos de vida. Y si bien, pareciera un momento en el tiempo donde las y los trabajadores ganan espacios en términos de una legislación que proteja ciertos derechos, es importante recordar el papel del Estado Benefactor, en el hecho de que el propio Ford estableciera jornadas de 8 hrs, vacaciones, semanas laborales de 5 días entre otros, había de fondo la intención de mantener cierto ritmo de producción que sea más estable, es decir, el capitalista se da cuenta de que el obrero y la obrera necesitan momentos de reposo forzado para mantener un ritmo constante de producción y sobre todo mayor dinero y tiempo para consumir todos estos nuevos productos.

Finalmente, en cuanto al fordismo y sus efectos sociales sobre la percepción del tiempo, quisiera hablar sobre el imaginario que se construye alrededor del empleo estable o rígido que aún hoy configura para muchos y muchas las expectativas de una trayectoria laboral deseable sobre un contexto de flexibilidad del trabajo, en ambos casos con una administración del tiempo que impide tener la posibilidad de ocuparnos o desocuparse en actividades que desarrollan nuestro potencial humano, pero a través de dinámicas distintas. Aquí las formas de reproducción social se imbrican con los modelos de producción y así como algunxs anhelan el retorno de un empleo rígido, para otrxs la incertidumbre ha sido más o menos naturalizada y tampoco imaginan estar en un empleo por 30 años, justamente por el coste de tiempo de vida, esto no quiere decir que bajo el modelo flexible sí se tenga autonomía del tiempo.

## **REFLEXIÓN**

Los procesos de expropiación que se han descrito están centrados en la esfera de la producción de mercancías durante gran parte del siglo XX, es decir, la racionalización del tiempo que inicia en las fábricas luego se establece en un nuevo ritmo que pronto define la vida para gran parte de la población, la cual en su mayoría se ve en la necesidad de trabajar bajo este formato. Pero ¿qué implicaciones tiene esto para la concepción del tiempo y el trabajo? Pues bien, a medida que la forma de producción cambia, también lo hace la esfera de la reproducción del capital, y con ello las demás etapas en la rotación del ciclo del capital, sobre todo en términos del consumo, que a lo largo del siglo XX va adquiriendo un nuevo significado. Aunque en el capitalismo actual, la esfera de la producción es aún importante e imprescindible ha sido desplazada por el capitalismo de servicios, la ficcionalización del capitalismo ha generado un despliegue gigantesco de acciones que se sostienen sobre un plusvalor

social total cada vez más pequeño, lo que provoca un desfase tremendo entre la producción y todos los demás momentos del ciclo de acumulación.

Es importante señalar esto para poner en perspectiva los límites de lo que significa adquirir ciertas normas dentro de la fábrica que organizan y reproducen la vida cotidiana de las personas que trabajaban en dichas fábricas. Es decir, no solo los modelos de producción reflejan el carácter de una época, sino que existen un montón de circunstancias que influyen de afuera hacia dentro de la fábrica, y los desgastes de estos modelos indican cambios veloces en términos sociales, económicos y políticos que se dan por ese mismo desfase, ejemplo de eso son las dos guerras mundiales por las que atraviesa la humanidad durante el siglo XX y que sin duda generan cambios en la forma de producir y consumir.

Al cambiar nuestra capacidad productiva, cambia necesariamente la forma en que distribuimos nuestro tiempo; sin embargo, la paradoja del capitalismo es que este desarrollo en la técnica no influye de manera directamente proporcional y positiva en el tiempo utilizado para el cultivo de nuestra creatividad, sino más bien actúa de manera inversa; y eso ha sucedido hasta nuestros días, asimismo el sistema de flexibilización, del cual hablaré a continuación, lejos de contribuir a mejorar las posibilidades de desarrollo del potencial humano, refuerza esta dinámica.

La flexibilización del trabajo tiene una connotación positiva dentro del argot del mundo empresarial, el discurso que se emite tanto desde las organizaciones empresariales como desde el discurso político, es que el trabajo al ser más flexible ayudará a establecer un equilibrio entre la vida personal de el o la empleada y su vida profesional, lo que estas instituciones olvidan, o quizá simplemente prefieren ignorar es que la flexibilización del trabajo va de la mano con la precarización del trabajo, por lo que flexibilizar el trabajo, sobre todo en contextos socioeconómicos como los de México, significa múltiples trabajos con menor seguridad social que, repitiendo el discurso de que lo verdaderamente importante es la "productividad" y no las horas que pasas en el taller, la oficina, mostrador, etc., solo intensifican los procesos de aprovechamiento de la fuerza de trabajo.

Este debate es muy actual, y el argumento que sale en defensa de la flexibilidad está basado en que hoy como nunca se disfruta de "mayor tiempo libre", pero ¿mayor tiempo libre para quién? Pareciera que nuestras condiciones de trabajo han mejorado desde la larga historia de la explotación laboral, que ya hemos revisado brevemente en los apartados anteriores. Pareciera que nuestros derechos tienen mayores protecciones, que los niños y las niñas del mundo ya no son explotados descaradamente en fábricas textiles que se desempeñan en un limbo entre lo rural y lo urbano. Sin embargo, la situación es que se ha hecho global, y para que ese nivel de explotación no se experimente en, por ejemplo las provincias inglesas, hoy se sufren, de una u otra forma, en todo el sur global.

Al igual que el fordismo, el moderno sistema de flexibilización aparece como una innovación sobre el dominio de los tiempos y ofreciendo ventajas para las y los trabajadores. Así mismo, el toyotismo (modelo con el que se asocia la flexibilidad), es una racionalización aún más intensa en la búsqueda de extracción de plusvalor. Hay que recordar que el agotamiento del fordismo se da de la mano con la crisis del Estado Benefactor que, aún como aliado del sistema capitalista, garantiza ciertos derechos de los y las trabajadoras; así pues, la llegada del neoliberalismo bajo el nuevo manual de Taiichi Ohno (principal artífice del modelo) implementado en las empresas japonesas Toyota tiene nuevos mecanismos de control del tiempo.

Lo que destaca en razón de esta reflexión es que la flexibilización del trabajo anuncia como una de sus principales ventajas, su capacidad de combatir el exceso de tiempo de trabajo de los individuos modernos, respaldándose con planteamientos de una economía neoclásica que sostiene el principio del actor racional y la autorregulación del mercado. La autorregulación implica entonces eliminar una



serie de protecciones que, bajo el nuevo discurso del toyotismo, hacía rígido el marco de acción de las empresas, por tanto, del mercado:

(...) la norma es flexibilizar la oferta y demanda de trabajo, eliminando instituciones y reglamentaciones protectoras que distorsionan aquella libre asignación de este factor, facilitando el empleo y desempleo, el uso de la fuerza de trabajo dentro del proceso del mismo y haciendo fluctuar el salario supuestamente en función de la productividad marginal del trabajo (Garza, 2000, P. 34).

En la cita anterior Enrique de la Garza hace una síntesis bastante clara de la manera en que opera en general la flexibilización del trabajo. Como el mismo autor señala, la forma en que el concepto “flexibilización” describe la realidad del mercado laboral es bastante heterogénea según el contexto en el que se presente, en ese sentido el caso mexicano tiene características particulares además de que las diferentes empresas adoptan métodos de flexibilidad según sus propias necesidades o capacidades. Sin embargo, aun cuando el modelo japonés no se aplica de manera exacta al contexto mexicano, lo cual sería imposible, existen varias características que, como ya dije, tienen serias consecuencias sobre el tiempo, dentro y fuera de la empresa, lo cual cambia de forma según el tipo de empresa que sea y los alcances de esta. De la Garza, por ejemplo, da un vistazo general a la manera de administrar el tiempo en las empresas mexicanas de principios de los años ochenta, periodo en el que comienzan a incorporarse técnicas del modelo de Toyota a la producción mexicana.

Esta heterogeneidad al interior del país respecto a la implementación de un modelo flexible es más o menos igual hasta el día de hoy, a excepción de algunas reformas a la Ley Federal del trabajo que han venido a facilitar un poco más la aceptación de un modelo flexible, que de acuerdo con el proyecto de Estado actual tendría que tener aspectos importantes de protección social. Reformas como la del aumento en los días de vacaciones pagadas de 6 a 12 días, que está en proceso, o los mecanismos de solución de conflictos que tienen la intención que se dé una participación más activa por parte de los sindicatos. Si bien este tipo de reformas podrían tener efectos positivos sobre las condiciones laborales de los y las trabajadoras, es importante recordar que la intención del modelo que propone el toyotismo tiene un fuerte interés en que exista diálogo “abierto” entre lxs obrerxs y lxs patronxs, claro que de manera más individual que colectiva, es decir, no para polarizar sino para generar en aquellxs un compromiso con la “visión y misión” de la empresa, una especie de lealtad que mejore la productividad de cada individuo.

Entonces, hay que considerar que las reformas que se quieren implementar tienen la intención de que aquello que obstaculiza el proceso de adaptación de las empresas mexicanas al modelo de producción dominante sea resanado de a poco, y sea aceptado de manera bi-lateral, es decir, que se modifiquen conductas tanto por parte de las y los patrones y las y los obreros, para que así puedan acelerarse los ciclos de rotación del capital, lo cual es una de las principales intenciones de por ejemplo el “just in time” de la flexibilización del mercado.

Aunque el modelo de flexibilización laboral se implementará al pie de la letra, sus principios de competitividad sólo crearían una serie de empleos precarios, donde las personas tendrían tiempos saturados y una incertidumbre constante con efecto social, psicológico y emocional; ahora cuando el contexto no está dispuesto ni económicamente, ni política, social y culturalmente los problemas del modelo se agravan, a decir que existe un desinterés de las grandes empresas por elevar los salarios, negligencia y corrupción para hacer cumplir los aspectos positivos que podría tener la legislación al respecto del trabajo, la incapacidad de la oferta para emplear a la mayoría de la población.

Todos estos problemas, son inmanentes a la crisis del trabajo, que más allá del modelo de flexibilización laboral es un proceso de desgaste del propio sistema capitalista. Siendo la flexibilización un intento de resolución de la erosión del modelo fordista, busca intensificar la velocidad y volumen de la esfera de la producción, porque es acá dónde se inician siempre los ajustes y reajustes, pero como

onda expansiva se va reflejando en todos los momentos del mercado y en la propia vida de las personas.

La flexibilización laboral no nos hace mejores en nuestro trabajo, más productivos y por lo tanto más felices, sino que podemos observar mayores índices de suicidio, de enfermedad mental, de pobreza, de desigualdad, como lo ha sido históricamente, con ciertos sectores de la población que están más afectados, como es el caso de México, con sus propias desigualdades internas.

Esta crítica a la incertidumbre laboral, de contratos temporales, pocas prestaciones, y despidos latentes, no quiere decir que se defienda una forma de empleo “rígido”, porque el propósito de esta reflexión es evidenciar que, bajo el patrón de la sociedad del trabajo, sea cual sea su forma, no es posible tener tiempo para un pleno desarrollo del potencial humano, y bajo el modelo del fordismo no podemos decir que esto se logrará.

### **CONCLUSIONES**

Como se ha visto a lo largo de esta reflexión histórica, se ha dado un largo recorrido para la asimilación de la fórmula del trabajo, y por lo tanto de su tiempo. La ideología del trabajo se critica cada vez menos porque ya existe en la memoria colectiva un principio moral y ético sobre las bondades del trabajo que solo tiene que renovarse cada tanto cuando entra en crisis cierto modelo. Es importante una reflexión constante del proceso histórico para entender que el tiempo adquiere formas en razón de la lógica del valor, es decir, no es inmutable o constante y por lo tanto existe el potencial para que se transforme en favor de la vida.

Con el arquetipo del trabajo formal y rígido el o la trabajadora podían conservar un empleo con ciertas garantías por muchos años, con jornadas de 8 hrs, que resultan agotadoras por su monotonía como para que el “tiempo libre” sea vivido de forma activa con “experiencias estéticas” (Luna, 2021). Por otro lado, con un trabajo flexible se puede tener el mismo ritmo de actividad, pero sin garantías que protejan el empleo, o se tiene empleos múltiples para cubrir los gastos necesarios para la reproducción de la vida, además es cada vez más común llevar tareas al hogar, estrategia implementada tras la pandemia. Esto hace que sea más intensivo el proceso de productividad, y el transporte y las comunicaciones más que facilitar nuestras actividades, generan nuevas expectativas sobre la velocidad con que debemos producir, intercambiar, consumir y reproducir el valor. Tomando en cuenta que si eres mujer lo más probable es que tengas que ocuparte además de lo necesario dentro de la esfera de la reproducción, la cual se vuelve más fuerte conforme la producción se vuelve intensa.

En caso de autoemplearse el tema del tiempo no mejora pues, y sobre todo cuando se construye desde el inicio la plataforma para el autoempleo, se dedican horas de trabajo extras para que una persona o muy pocas puedan cumplir con distintos roles como el de administración, contaduría, producción, marketing, etc. De nuevo, hay que tener presente que ningún modelo prescinde de momentos de reproducción de la vida, que puedes disfrutarlos o no, pero que son necesarios, por lo que el tiempo de desarrollo de nuestras potencialidades es cada vez menor.

## REFERENCIAS

- Connelly, M., & Tzili-Apango, E. (2022). Setenta años de existencia de la República Popular China, 1949-2019. El Colegio de México AC.
- Coriat, B. (1998). El taller y el cronómetro. Ediciones Akal.
- De la Garza Toledo, E. (2000). Flexibilidad del trabajo: discurso y construcción social. *región y sociedad*, 12(19). <https://doi.org/10.22198/rys.2000.19.a754>
- Durand, C. (2017) *Fictitious Capital. How Finance is Appropriating Our Future*, Verso: Londres.
- Federici, S. (2004) *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de sueños: España.
- Federici, S. (2022). *Revolución en punto cero (2.a ed.)*. Proyecto Editorial Traficantes de sueños.
- Foucault, M., & del Camino, A. G. (2009). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión (1.a ed.)*. SIGLO XXI Editores.
- Frisby, D. (1992). *Fragmentos de la modernidad: teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*. España: Visor.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo (Vol. 26)*. Ediciones Akal.
- Hobsbawm, E. (1987). *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera*. Barcelona: Crítica.
- Kurz, R. (2001) *La expropiación del tiempo, Pobreza de tiempo y aceleración en la cultura del non-stop, EXIT!: Alemania*, recuperado de: <http://www.exit-online.org/link.php?table=schwerpunkte&posnr=53>
- Kurz, R. (2010) *El colapso de la modernización, del derrumbe del socialismo de cuartel a la crisis de la economía mundial*, Marat: Buenos Aires.
- Lafargue, P. (1977). *El derecho a la pereza (Vol. 116)*. Editorial Fundamentos.
- Luna, Z. (2021) *Entre arte y hacer: Hacia una crítica de la sociedad del trabajo*, BUAP: México.
- Marx, K. (2008) *El Capital: Crítica de la economía política. Libro primero: El proceso de producción del capital, Siglo XXI: México*.
- OECD (2019) *Sobre horas trabajadas anualmente*, recuperado de: <https://www.oecd.org/centrodemexico/estadisticas/horas-trabajadas.htm>
- Simmel, G. "La metrópolis y la vida mental", en M. Bassols et al. (comps.), *Antología de sociología urbana*. México, D. F.: UNAM, 1988 [c1903]. p. 3.
- Taylor, F. W. (1911). *Administración científica*. Barcelona: Ediciones Orbis.
- Thompson, P. E., Beltrán, J., & Halffter, R. E. (2019). *Costumbres en común (ENSAYO) (1.a ed.)*. Capitán Swing.
- Weber, M. (2005). *Ética protestante*. NoBooks Editorial.
- Weber, M. (2015) *Economía y sociedad*, Fondo de cultura económica: México.

Todo el contenido de **LATAM Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales y Humanidades**, publicados en este sitio está disponibles bajo Licencia [Creative Commons](#) 